

laromin

• 10 • céntimos

AÑO II

Revista para los jóvenes.

MADRID

NUM. 80



EN LA SELVA CIVILIZADA

UN «CINE» AL AIRE LIBRE
Ayuntamiento de Madrid



CONTINUACIÓN



El amigo de Isabel



gua. Isabel le cogió y abrazó y besó muchas veces; estaba loca de gozo. «¡Ay, tío Pablo!—exclamó—; ¡ya tiene ojitos y me mira! ¡Qué bonito es! ¡qué bonito! Y le acercaba a la cara suya. «Mire usted, me está lamiendo.» «Son besos.» «Sí, sí, bésame, amigo; bésame siempre; te llamaré amigo, ¿sabes?» De pronto quedó pensativa y triste. «¿Qué te ha dado?—le preguntó el pastor—. ¿Te pones mala?» «No, se-

ñor; estoy pensando que usted no me dará el amigo, porque le ha dado de comer y es suyo.» «¿Si que lo he criado, pero ha sido para ti.» «¿Y puedo llevármelo?» «Si es tuyo!» «¿Qué alegría, tío Pablo! ¡qué alegría!» Y la niña, llena de entusiasmo, abrazó y besó al cabrero. Pero a poco volvió a quedar pensativa, y luego repuso: «¿Dejará mi tía que lo tenga conmigo?» «Dile que te lo he dado yo, y no te lo quitará.»

Isabel, olvidando su debilidad, echó a correr llamando al perrillo con el nombre de amigo. Siguióla él, desde luego; pero de pronto, como quien ha olvidado alguna cosa, se volvió adonde estaba el cabrero y empezó a hacerle caricias. Parecía que se despedía de él. El buen hombre, viendo que la niña se había detenido afligida y temerosa, dijo al agradecido animal: «Anda, ve con tu ama, que te espera.» El perrillo de-



bió comprenderlo, porque echó una carrera, alcanzó a la niña y ya no volvió a separarse de ella. La tía Casimira estaba lavando en el arroyo, cuando vio apearse de un hermoso coche a un caballero y una señora, y oyó que ésta preguntaba a un hombre por su propia casa, por la de Juan Ramírez y por la niña Isabel. Al punto comprendió que aquéllos eran los que fueron amos de su marido, que habían vuelto de América

y no habían olvidado a la hija de Juan. Levantóse precipitadamente, recogió la ropa y se fué a su casa. No le convenía que viesen a Isabel en el estado de miseria y abandono en que la tenía. «Ven conmigo—le dijo—, que vamos a traer un poco de hierba.» Y salió con ella por la puerta del corral, que daba al campo, dirigiéndose al monte con paso apresurado; había allí una gran cueva de boca alta y estrecha. Al lle-

gar a ella, se detuvo, diciendo: «Mira, ahí se ha metido un conejo; entra para espantarlo; yo estaré en acecho, y cuando salga lo cojo y tenemos para cenar.» Isabel estaba acostumbrada a obedecer, pero le daba miedo entrar en la cueva. Como se detuviera, indecisa, la tía Casimira la empujó con tal fuerza, que, dando traspies, fué a caer bastante adentro. Entonces, la malvada madrastra, que era muy alta y tenía las fuer-



zas de un hombre, arrastró un tronco de árbol que allí cerca había y lo atravesó delante de la entrada de la cueva; en seguida se volvió a su casa, como si nada hubiera hecho. Allí estaban esperándola los que fueron amos de Juan, que habían ido para ver a Isabel, y así se lo dijeron a la viuda. Esta, cruzando las manos y fingiendo dolor, dijo: «¡Ay, señores de mi vida! De buscarla

vengo; pero nada; la muchacha me da cada disgusto... No hay quien la sujete en casa; a lo mejor se va, y échela usted un galgo. Hay veces que no vuelve en tres o cuatro días.» «Una niña tan pequeña—dijo la señora—, ¿adónde va?» «A uno u otro pueblo, donde hay gente conocida.» «Pues es preciso saber dónde está—dijo el caballero—; y para eso, puede usted, desde lue-

go, enviar a su hijo por un lado y a otros hombres por otro, asegurándoles que serán por nosotros bien retribuidos.» La tía Casimira salió para hacer lo que la habían ordenado, y también salió su hijo. En esto llegó el tío Pablo con el perrillo, el que empezó a correr por toda la casa, ladrando y dando vueltas como si buscara a su ama.

(Continuará.)

EL INGENIOSO RAMON COMO HIZO HUIR A UN LADRON



Ramoncito, estando jugando en la plaza, escuchó a unos ladrones una conversación, por la que se enteró de que iban a robar su casa. Como es ingenioso, se le ocurrió una estratagema valiéndose de un cuadro

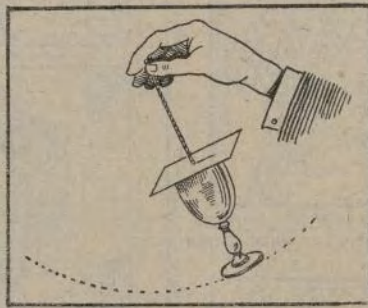
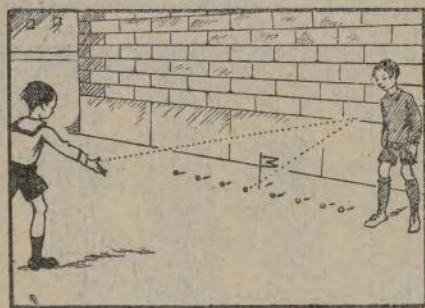
que tenía en la sala, y, efectivamente, le dió resultado magnífico, como podéis ver.

Ayuntamiento de Madrid



TAN GRAVE PECADO COMO LA DESESPERACION ES LA PRESUNCION

El pecado de presunción consiste en creer que sin arrepentimiento de los pecados puede lograrse la salvación. Un padre jesuita refiere que había en el Perú un hombre de tan licenciosa vida, que no había medio de hacerle enmendarse. Cuando se le hablaba de la Divina Justicia, solía responder con risa burlona: «El infierno es para los tontos. Yo procuraré, si Dios me da media hora antes de morir, llamar a un confesor y arreglar mis cuentas, y aseguraré mi salvación». Ocurrió que en una riña fué herido mortalmente, llamando un confesor, que acudió con toda diligencia; pero el herido no podía hablar, después de todo posiblemente por parte del confesor para arrancarle algún signo de arrepentimiento, y no pudo lograrlo. En vista de esto, se dispuso a darle la absolución bajo condición; pero, aunque el padre sabía varios idiomas, en ninguno de ellos logró recordar la fórmula de la absolución. Así pasó media hora, y el herido no pudo asegurar, como había presumido, su salvación, muriendo impenitente. Vivir durante la vida en pecado, confiando que al morir podrá arrepentirse, es tratar de burlarse de la justicia de Dios, y de Dios nadie se burla.



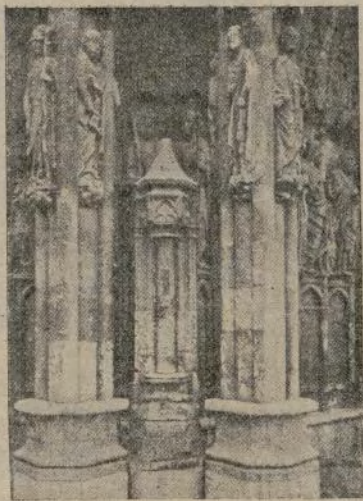
CANICAS AL BLANCO

Paralela a una pared, y a una distancia de un metro o dos, según se convenga, se coloca una fila de canicas. Cada jugador pondrá las que se convenga. Detrás de la canica que ocupe el centro de la fila se pone un palito con una banderita de papel. Dispuesto así el juego, se sortean los jugadores para tirar con orden, y desde una distancia de cuatro, cinco o seis metros tiran sobre la pared, ya sea rodando o a cala, según se acuerde, una canica, y si al rebotar la canica en la pared choca con la canica del centro de la fila, gana todas las canicas de ésta; si choca con la canica que está a la derecha, de la que ocupa el centro, gana todas las canicas de la derecha; y si choca con la de la izquierda, gana todas las de este lado. Cuando choca con otra cualquiera, sólo gana la canica tocada. El que hace blanco en la canica del centro tiene derecho a repetir el tiro; pero si logra hacer tres blancos seguidos, entonces cede el puesto al siguiente; pero al llegar su turno tiene derecho a tirar tres veces seguidas.

LA COPA LLENA DE AGUA

El entretenimiento explicado en el número anterior puede realizarse de una manera más emocionante. Veamos cómo: En la cartulina que ha de servir para tapar la copa, se atraviesa un hilo resistente, se anuda por un extremo para que al tirar del otro no se salga, y a fin de que por el agujero no circule el aire, se pega bien con cera a la cartulina la parte del nudo. Hecho esto, se coloca la cartulina sobre los bordes de la copa, de forma que toque bien en toda la longitud de ésta; el peso del aire se encargará de que se adhiera bien. En seguida se coge la cuerda por el extremo libre, y tirando con cuidado podrá balancearse la copa sin que se despreague la cartulina; es más, podrá darse a la copa, siempre con mucho tiento, un movimiento de péndulo, que causará la admiración de todos los presentes. La explicación es la misma del caso anterior, esto es, la presión del aire.

ESPAÑA MONUMENTAL



LA CATEDRAL DE LEÓN

La catedral de León es bella, contemplada por fuera y por dentro. Entrando por la fa-

chada principal se experimenta gratísima sensación; el efecto de sus numerosos y rasgados ventanales, cubiertos por vidrieras artísticas policromadas, es verdaderamente sorprendente. Parece algo diáfano, espiri-

tual, incorpóreo, por lo que dicen los leoneses «que su catedral no tiene paredes».

Las fotografías que publicamos hoy representan diversos detalles de las magníficas portadas.

Ayuntamiento de Madrid



Cascarilla



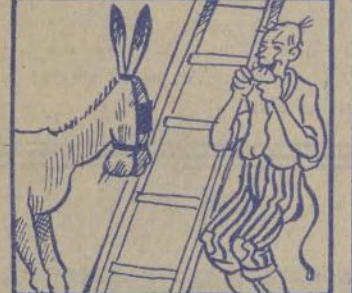
Cascarilla y la borriquilla, cansados de andar, se detienen junto a la escalera de un pintor.



«Mira, borriquilla, sólo tengo un panzullo; me lo comeré yo, que tengo más hambre que tú.



«No estoy conforme, Cascarilla, yo también tengo hambre y debemos repartirlo como buenos hermanos.



Pero Cascarilla no quiere, y la berra, enfadada, empieza a meditar un castigo para el mal compañero.



Se fija en la escalera y en el cubo de pintura que hay sobre ella, y, ¡zas!, le dejó bien castigado.



chistes



«EN EL MUSEO ESTE ES UN VELAZQUEZ ¡MI AGÜELA!» ¡SI PARECE UN BOMBERO!



«BORRACHO! ¡SIN VERGÜENZA! ¡MAL HOMBRE!»... ¡AGÜENTA! ¿ME LO HABRÁS CONOCIDO EN LOS OJOS?



pero muy gracioso, y por eso me gustas; más me entendido que yo tengo muy mal genio, y si me das gusto, te castigaré; te tiraré de esos pelos de erizo que tienes, te aplastaré las narices, te arrancaré un diente.» JEROMIN, en su papel de muñeco, no dijo nada. «Ahora, siguió la niña



«¡PORQUE NOTE QUE ME PULSAS!... PUES ESTO NO CREAS QUE LO HACEN TODOS!»



«¡ES TANTA LA FUERZA QUE TENGO QUE PARECE QUE CADA VEZ QUE PESO MENOS!»



«CLARO QUE PESO MENOS, COMO QUE SE HA BEBIDO EL AGUA LA JIRAFAS!»



«¡ME DEJÓ EN RIDÍCULO!»



«¡QUE SE DIERA!»

Maravillosa Historia de Jeromin



«¡así que se las arreglaba de forma que los niños desistiesen de comprarle. A uno, que ya tenía en la mano, le dijo al oído: «Si me compras, te arranco la nariz de un mordisco.» Y mordió en ella, para que se convenciese de que era capaz de ello. El chico, claro, se asustó



compró a mi amiga la princesa», dijo la costurera a JEROMIN. «Pues haré que se fije en ella para que me compre.» Y JEROMIN adoptó una postura tan graciosa, que la niña, apenas miró el escaparate, dijo: «Ese, ese muñeco ruso es que quiero.» Y le compró. Montó con él en



pero muy gracioso, y por eso me gustas; más me entendido que yo tengo muy mal genio, y si me das gusto, te castigaré; te tiraré de esos pelos de erizo que tienes, te aplastaré las narices, te arrancaré un diente.» JEROMIN, en su papel de muñeco, no dijo nada. «Ahora, siguió la niña



dijo a su mamá que le comprara otro muñeco, que no quería aquel. Y JEROMIN fue colocado de nuevo en su sitio, junto a su amiga la costurera. A eso de media mañana se detuvo junto al escaparate un hermoso auto, del que descendió una niña con su mamá. «¡Esa es la niña que



auto y se le llevó a su palacio. Apenas llegaron, la niña se fue a jugar al jardín con su nuevo muñeco. Se sentó en un banco y sentó junto a ella a JEROMIN, y como todas las niñas hablan con sus muñecas, ella comenzó a hablar a su nuevo muñeco, diciendo: «Mira, eres muy feo,



vamos a jugar; tú serás jardinero, y lo primero que harás será recoger las hojas secas caídas y llevarlas en esta carretilla al pudridero. ¿Te has enterado? ¿No contestas? ¡Mira que me impacta y lo vas a pasar mal! ¿Eres mudo? ¿No sabes hablar? Por que a mí no me gustan los



chistes



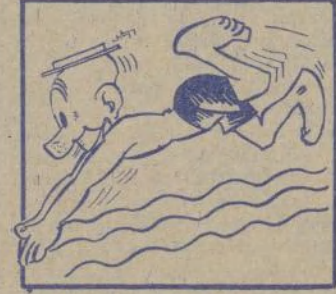
«EL PARA SERVIR... BUENO, AHORA REPARTIRE A DOS FILLETES POR BARBA EL NIÑO -ATIZA! ESTA NOCHE ME QUEDO SIN CENAR.



«...EL VECINO DEL TERCERO JUGANDO CON UN CUCHILLO SE HA SALTADO UN OJO... AHORA ME EXPLICO POR QUÉ MI MARIDO NO QUIERE QUE LE RONGA CUCHILLOS EN LOS PANTALONES.



«¡Caramba! ¡Buen concurso! Voy a ver si me llevo el premio.



«¡Olé mi cuerpo gitano dando saltos! ¡Soy un héroe!



«Ya debo llevar, por lo menos, treinta horas en el agua.



«Se hace de noche y oír no queda nadando nadie más que yo.



«¡Bien, señor Repollo! Desde hoy será usted el nadador desconocido.



Cuentos fantásticos

EL REY DE LOS GATOS

(Continuación.)

una enorme maza en su pata..., en su mano quiero decir. Gustavo quedó petrificado de asombro. «¡Dad un paso más, y perecéis!» Tales fueron las primeras y poco tranquilizadoras palabras que oyó decir al rey-gato. «¿Quién buscáis aquí y quién sois?» siguió preguntando. El niño contestó: «Gustavo Hardy». «¿Cómo habéis penetrado en mi palacio? No recuerdo haberos invitado... Vamos, disculpaos, si esto es posible.» «Ha sido sin querer; he venido arrastrado por el ardor de la caza.» «¿Y qué cazabais—preguntó el rey—. ¿Qué alimañas perjudiciales queréis matar? Si eran ratas o ratones, sed bien venido a mi palacio.» Con cuánto placer hubiera el niño dicho que sí; pero no era capaz de faltar a la verdad. «La culpa ha sido del gato gris de casa—dijo—; se había burlado de mí y corrí persiguiéndole; pero él corría más, no podía atraparle, y corriendo, corriendo me ha traído hasta aquí.» «Es extraordinaria semejante conducta—dijo el rey de los gatos—. El hubiera debido esperaros, como haréis



vos, indudablemente, cuando os persiga algún enemigo, ¿no es verdad? Buena prueba de ello vuestra conducta de hace un momento.» «No quería yo hacerle daño, balbuceó Gustavo. ¿De veras? ¿Creéis que sea agradable el recibir unos cuantos palos?» «No he pensado en ello.» Era su único argumento. «Vuestras importantes ocupaciones os lo habrán impedido—dijo con suavidad el rey—. Ahora, por el contrario, tendréis tiempo sobrado. Sentaos y medita en vuestra conducta para con mi raza; después os juzgaremos.» Gustavo se sentó dócilmente en el sillón que el rey le designaba con su maza. Y a su memoria acudió el recuerdo de todos los gatos que él había conocido. ¿Cómo se habría portado con ellos al encontrárselos en su camino? Todos, sin excepción, huían de él; todos más o menos habían sido víctimas de su tiranía, y ni uno sólo podía conservar buen recuerdo suyo... Todos, no; para no mortificar a su hermana Fanny, nunca había martirizado a la gatita Topsy, a la que tanto quería ella. La llegada de un nuevo personaje interrumpió aquellas poco alegres reflexiones. No era otro que nuestro antiguo amigo el gato gris, pero más listo de lo que nunca le había conocido el niño. Andaba en sus patas traseras, como si no hubiera hecho jamás otra cosa, y llevaba en una banda una condecoración, probablemente. «Señor—dijo inclinándose respetuosamente—: he aquí el correo de Vuestra Majestad.» El rey de los gatos tomó las cartas que aquél le presentaba en una bandeja de plata. «Está bien—dijo—. Conde de Gatogris, avisad al juez y a los ministros del Jurado, como a todos los gentileshombres y damas nobles de nuestra corte, que estamos pronto a ver la causa

del acusado». Pronto se llenó el salón del trono. Primero entró un enorme gato rojo, llevando en una mano una de esas flores amarillas que se llaman soles o girasoles, y en la otra un rollo de papeles; después, multitud de altos dignatarios. El gato rojo era el primer oficial del rey, y fue a sentarse a la izquierda del trono, después de hacer una reverencia a su soberano. Los doce que le seguían hicieron lo propio. Estos iban armados de mazas y se colocaron a ambos lados del trono. Después desfilaron por delante del rey los grandes de la corte, antes de ir a sentarse sobre los divanes que rodeaban el salón, mientras que cuarenta gatos de feroz mirada y rostro sanguinario, provistos de garrotes, llenaban las sillas bajas, como a su rango convenía. El desfile se hizo en medio del mayor silencio y con estupefacción de Gustavo. Los gatos le miraban también al pasar, como diciéndole: «Ahora estás en nuestro poder, y ya que tanto nos has atormentado, ¡pobre de ti!». Sólo uno de aquellos animalejos le dirigió una mirada compasiva: Gustavo reconoció en él, no sin sorpresa, a Topsy, la gatita de su hermana. El rey de los gatos, volviéndose al primer oficial, le hizo señal de que podía dar principio al acto. El gato rojo se levantó. «Hombre—se dijo Gustavo—, cómo se parece a Moumoute, el gato favorito de mi primo Pablo, con el que jugaba fingiendo hacerle escribir!» De ser el mismo, había aprovechado bien las lecciones, porque llevaba escrito su discurso en un largo pergamino, que iba desarrollando para leer. Y he aquí lo que leyó en voz alta e inteligible: «A Su Real Majestad, a los gentileshombres del Jurado; a las nobles damas de la corte y a todos los demás señores, ¡salud! A requerimiento de Vuestra Alteza Real he preparado este documento de todos nuestros agravios contra los muchachos en general, y en particular contra el que se halla presente.»

(Continuará.)

El rico y el sabio



Fábula

Un siglo hará, murióse un opulento, lo enterraron, y... ¡agur! se acabó el cuento de gusano plagóse el cuerpo frío [to; y ya nadie se acuerda de aquel tío. En la siguiente aurora a un pobre sabio le llegó la hora, y del gusano vil tampoco libra, que el cuerpo le manduca fibra a fibra; quiere roer su nombre... ¡tantos vanos! La gloria no la comen los gusanos.

Ayuntamiento de VENTURA RUIZ AGUILERA.



Queri 2A qui TO TO:
LOLO mi L n ocuparse
D muchas co SA SA inutiles
Djan NOTA A1 lo que + les
X ta. Yo voy a Dci
cu DB NOTA princi
pal y constan T pre OQ pa
cion DLOLO
¿Sabéis cu ? La D ser
K da. 13 + bueno. Esa DB
NOTA 1 suph K que bogais
a DD pertar to DA
NOTA S maña NANA. Basta que
digaís: "Señor, dame tu gracia
que hoy sea mejor que
ayer" Dest mo braceis
vra EE tra t lidad aqui en
y luego en el * * *. Os abra
za Jeromin



REGALA UNA BICICLETA A SUS LECTORES

Desde el número 77 hemos puesto una contraseña en varios ejemplares de cada número y la seguiremos poniendo del mismo modo hasta fin de noviembre. Los lectores de JEROMÍN deben conservar cuidadosamente todos los JEROMINES de septiembre, octubre y noviembre, por si alguno de ellos va marcado con la contraseña, la que dará derecho a tomar parte en el sorteo de la bicicleta. Ya diremos en qué consiste la contraseña de cada número y lo que deben hacer para tomar parte en el sorteo.

Con que a comprar y a coleccionar JEROMÍN, a ver quién se lleva la bicicleta. Publicaremos el retrato del favorecido.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

1.º Decid, si sabéis quién es la golosa que come a su padre del cual fue formada en fuego y en agua la hacen forzosa a golpes y a hierro muy acuchillada.

La España Gloriosa



(Continuación.)

cubrió en Cervantes con motivo de una e-
gía que escribió al morir la reina Isabel de
Valois; le ofreció un destino cerca de su
persona; otros, que, impelido por la pobre-
za, se lanzó en busca de fortuna, y otros,
que salió huyendo de la justicia, que le con-
denó en rebeldía, por heridas que causó a
un tal Antonio de Segura. Con el Cardenal
citado marchó a Roma, donde la cultura
había alcanzado su mayor esplendor, pro-
tegida por los Romanos Pontífices. El pala-
cio del Cardenal Acquaviva era centro de
reunión de esclarecidos ingenios, y Cervantes
tuvo ocasión de tratar a eminentes litera-
tos que, sin duda, despertaron en él nobles
ambiciones de gloria.

La ocupación de camarero no podía sa-
tisfacer a quien se sentía con alas para
volar a las altas regiones de la inmortal-
dad, y, a pesar del aprecio y gratitud que
sentía por su protector, abandonó el pala-
cio cardenalicio y se alistó, primero bajo
la bandera pontificia y después en las filas
del tercio español que mandaba el famoso
guerrero Miguel de Moncada, acreditándo-
se pronto por su bizarría. Al año siguiente
(1571), cuando el Papa, España y Venecia
enviaron sus escuadras bajo el mando de
don Juan de Austria, con el fin de comba-
tir el poder de los turcos, que amenazaba
esclavizar a la cristiandad, Miguel de Cer-
vantes se alistó como cruzado, entrando a
servir a bordo de la galera «La marquesa»,
galera gloriosa por haber sido la que en
la gran batalla de Lepanto abordó a la ca-
pitana turca. Cuando esto ocurrió, Cervan-
tes se encontraba en su camarote, víctima
de altísima fiebre, lo que no obstó para que,
llegado el momento de la lucha, solicitara
de su capitán Diego de Urbina el puesto
de mayor peligro. Sus jefes, al verle tan
enfermo, trataron de disuadirle, indicándo-
le que se retirara; pero él contestó: «Siem-
pre he servido como buen soldado y ahora
no haré menos, aunque esté enfermo y con
calentura.» Levantóse del lecho y, según
sus deseos, fué a ocupar uno de los más
peligrosos puestos en la terrible y sangrien-
ta lucha, en la que hizo prodigios de valor
y en la que recibió dos heridas de arcabuz
en el pecho y otra que le destrozó una ma-
no, dejándole manco. No por esto se reti-
ró de la vida militar y siguió hasta el final
de la campaña contra los turcos. Luego to-
mó parte en la expedición contra Túnez,
dirigida por el glorioso don Juan de Aus-
tria; luego, alistado en el tercio de Figue-
roa, recorrió toda Italia, distinguiéndose
siempre como valeroso soldado. Al fin, en
el año 1575, altamente recomendado por
sus jefes, partió para España en compañía
de su hermano Rodrigo y otras altas per-
sonalidades. Sorprendida la galera «Solo»,
en que iban, por los piratas argelinos, fue-
ron hechos esclavos cuantos cristianos iban

(Continuará.)



PARECIDOS

—¿En qué se parece un pavo a un carro?
—Pues en que el carro tiene rueda, y el
pavo hace la rueda.

Isidora M. (Albalá).

—¿En qué se parece un cerdo a una vieja?
—En que los dos gruñen.

Lolita G. (Albacete).

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un ciego?
—Llevarlo a una fábrica de tu...berías.

L. Sánchez (C. Rodrigo).

—¿Cuál es el colmo de un limpiabotas?
—Comerse la crema.

M. Lozano (Valdepeñas).

—¿Cuál es el colmo de un calvo?
—Comprarse una gorra que le venga al
pelo.

M. Peláez (C. Rodrigo).

—¿Cuál es el colmo de un calvo?
—Ir a la peluquería para que le ondu-
len el pelo.

Jaime Gutiérrez Cedillo, once años.
Belvis de la Jara (Toledo).

—¿Cuál es el colmo de un herrador?
—Hacer un par de herraduras para los
caballos de un automóvil.

Diógenes Gay González (Talavera de
la Reina).

CHISTES

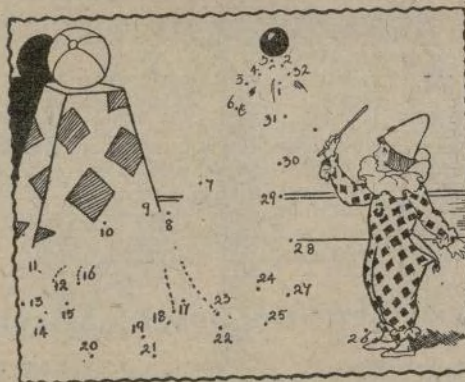
—¿Cómo te corto el pelo, niño?
—Como a ese caballero, con una gran
plaza en medio.

E. Montero (C. Rodrigo).

—¿No está mejor tu papá?
—Sí, señor; ya ha podido dar a mamá la
paliza acostumbrada.

José Morente A. (Porcuna).

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 32, y descu-
briréis el misterio del dibujo.

2.º Repollo camina sin darse cuenta de
que le siguen dos zorros y una cabra. ¿Dón-
de están?

2.º Colocad entre el nombre de un pla-
neta el de una consonante y resultará una
población.

(La solución en el próximo.)

SOLUCIONES DEL ANTERIOR

- 1.ª Que haya agua.
- 2.ª El libro.

LA MAS AMENA Jeromin LA MAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID
• • • TELÉFONO: 18.491 • • •

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEM-
PLAR, AÑO 5.20; POR PAQUETES,
A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

LOS PAGOS ADELANTADOS





Estaba Jim Tracey paseando por la orilla del mar, cuando de repente tuvo que esconderse, como Dios le dió a entender, detrás de unas matas; acababa de descubrir unos hombres que él tomó por contrabandistas, dedicados a cargar un bote perteneciente a un barco anclado a media milla de la costa.



Cosa que le sobresaltó grandemente. Por muy pronto que quiso esconderse, ya había sido visto por aquellos hombres, que no eran otra cosa que los tripulantes de un barco alemán que ejercía el contrabando de armas por aquellos lugares, los cuales, cayendo sobre él le obligaron a que les ayudara, pues



al parecer tenían mucha prisa en acabar su trabajo. Una vez cargado el bote obligaron a Jim a ir con ellos, temerosos de que contara a las autoridades locales lo que había visto y salieran a capturarles. Una vez en el barco le presentaron al capitán, que, si al principio se enfureció, depuso su hostilidad



al ver el buen aspecto del muchacho, prometiéndose hacer de él un buen grumete. Ya hacía dos días que navegaban con mar tranquilo, cuando el vigía dió la voz de «barco a la vista por babor», cosa que puso en conmoción a toda la tripulación, pues después de breves instantes de observar a la embarcación, se convencieron de que se trataba de un



«destroyer» británico que ejercía vigilancia por aquellos lugares. Considerándose perdidos, el capitán dió orden de que inmediatamente se izara el pabellón inglés, para ver si engañaba, mediante aquella estratagema, a los ingleses y pasaban de largo creyendo haberse las con un barco de su país. Pero Jim, que se había percatado de todo,



aprovechando la confusión general, se apoderó de una bandera alemana. Y trepando rápidamente con ella por la arboladura, llegó, ante la expectación general, al asta de la bandera, y arrancando de un vigoroso tirón la bandera inglesa colocó en su lugar el pabellón alemán, pues no se le ocultaba que con aquella maniobra habían querido des-



pistar a sus compatriotas. No se equivocaba, pues ya el barco inglés había visto su bandera, y cayendo en la celada pasaba de largo sin mostrar lo más mínimo a los contrabandistas; pero el capitán del «destroyer», que no las tenía todas consigo y sospechaba de aquella embarcación, al parecer de su país, observó, mediante sus prismáti-



cos, la maniobra de Jim. Y adivinando de lo que se trataba, ordenó que rompieran el fuego contra la embarcación, que había virado y huía rápidamente. Los alemanes, viéndose perdidos, optaron por cortar máquina y rendirse, ya que era la manera de salir mejor parados, pues en otro caso les echarían a pique. A poco el «destroyer» abordaba



al barco contrabandista y era apresada toda la tripulación. Jim recibió efusivas felicitaciones de toda la tripulación, en especial del capitán, que elogió el gran servicio que acababa de prestar a su patria. A lo que Jim respondió: «Que su único anhelo había sido siempre servir a su rey.»

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE». (Continuación.)



Terminado el concierto, mandó «Churrete», pues sentía ya mucho apetito, que se preparase para guisar la comida. «Churrete» había aprendido de su

madre a hacer unos estofados riquísimos, así que despedía el guiso un aroma que puso de a cuarta los dientes de los salvajes. Pero era costumbre entre

ellos que los súbditos sólo comieran las sobras de la mesa real, y sentados alrededor de ésta, esperaban pacientemente a que «Churrete» terminase de comer. (Continuará.)